

De la sima a la cima. Vida cotidiana y creación poética.

*Paul Valéry nos habla de esa difícil relación en la existencia de uno de los padres de la poesía moderna:*

## Mallarmé

(Primera de dos partes)

El manuscrito de una serie de ejercicios escolares encontrado recientemente y adquirido por la Biblioteca Nacional, bien puede, puesto que lleva la firma de Mallarmé, dar lugar a algunas reflexiones.

En un estado completamente organizado, es decir, que hubiera decretado y que además estableciera a cada momento la igualdad económica. ¿cómo subsistiría un hombre cuyo talento y pasión por el espíritu sólo pudiera aplicarse a producir obras totalmente inútiles para la vida?

Si todo es evaluado con exactitud, si cada uno puede trocar únicamente aquello que es útil para todos por aquello que es útil para sí mismo, el productor de esas obras moriría de hambre: la precisión de una economía perfecta lo excomulgaba. Aun cuando estas obras fueran del agrado de algunos, éstos no podrían adquirirlos pues tendrían que pagarlas con una parte de lo imprescindible a lo cual, en dicho estado, se limitan los bienes de cada uno. Y en el caso de que la sociedad misma, consintiendo alguna imperfección de su mecánica, se propusiera no eliminar una industria inútil y trascendente, ¿cómo podría distinguir a un hombre que forzosamente debe permanecer en el anonimato el tiempo que necesita para madurar—gastando por lo tanto sus días sin preocupación en búsquedas, en arrepentimientos, en nuevos intentos— a fin de sostenerlo en los primeros años de oscuridad y silencio? ¿Quién abriría juicio sobre el porvenir de un desconocido y sobre una obra que, aun para sí mismo, constituye una incógnita?

Por lo demás, una producción puramente inútil, ajena a las necesidades universales inherentes a toda vida, escapa a cualquier tipo de estimación social que emane de la colectividad, y que ella en pleno efecto. Ni la Ley, ni la intervención de algún órgano administrativo, pueden evaluarla, una máquina económica precisa sólo admite, en el régimen de intercambios, productos mensurables entre sí. Excluye, en consecuencia, todo objeto dotado de un valor subjetivo: piedra para uno, diamante para otro.

En fin, como esta obra inútil es arbitraria en su naturaleza y en su generación, y es de su esencia haber podido no ser, ese carácter accidental se imprime, de vuelta, en el destino de su productor. Puesto que él no responde a ninguna necesidad social, ni participa de ella, tampoco tiene un lugar en el ciclo de operaciones reales de la vida organizada. Puede no ser luego, no puede ser.

De las consideraciones anteriores, por demás evidentes, se desprende que lo que más admiramos de todo lo creado, pudo serlo gracias a la inexactitud y a la injusticia, o más directamente, a la iniquidad de los sistemas sociales en otras épocas.

La historia de las letras es entonces, también, la historia de los medios de existencia de aquellos que han practicado el arte de escribir "a través de los tiempos". Allí se observan todas las soluciones posibles al problema de vivir, independientemente del ánimo con que se lo haya encarado. La adulación, la alabanza de los grandes, de los ricos o del pueblo; la mendicidad; la estafa, el robo a mano armada, con escalamiento, fractura, muerte y todos los calificativos del Código, la explotación de mujeres; la extorsión; el ejercicio de una profesión a la que se le roba tiempo para soñar y escribir. Llega por último, el comercio de aquello que se escribe, que es, de todos estos sistemas, (literalmente) el peor. Es inútil referirnos a los oscilares afortunados, ya que éstos lo son (por definición) gracias a algún desequilibrio de orden económico.

En suma, Homero mendigaba; Virgilio y Horacio adulaban; Billón robaba el Aretino sabía muchas cosas. Bajo Luis XIV, vivían de pensiones. ¡Cuántos parásitos bajo Luis XV! Balzac se extenuaba en quiebras astutas. Lamartine on colectas. Voltaire vivía de habilidades y limosnas. Otros muchos terminaron en oficinas; fueron expedicionarios,



Stéphane Mallarmé Paris 1842 - Valvins, 1898

*Lo que más admiramos de todo lo creado, pudo serlo gracias a la inexactitud y a la injusticia, o más directamente, a la iniquidad de los sistemas sociales en otras épocas.*

redactores, subjesos, participaron en la Guerra, en la Justicia, en los Cultos, en las Intendencias, en todas partes hubo algún escritor, a veces había algún escritor célebre, del cual se enorgullecería cualquier administración, Huzymans, por ejemplo, daba mucho a la Sureté Générale.

Mallarmé había elegido como ganapán, el empleo de profesor de inglés. Más de uno de sus antiguos alumnos vive todavía, ¿pero acaso alguno de ellos extrajo de allí verdaderos frutos? La enseñanza de las lenguas, hace cincuenta años, no era lo que es hoy. Admitía, por aquí y por allá, el método aproximativo. El primer maestro que tuve en mi colegio era un buen hombre tuerto, que nunca había visto a un inglés con su único ojo. La pronunciación, por lo tanto, se resentía, tengo la certeza de que estas cosas han cambiado mucho desde entonces.

La relación de Mallarmé con su actividad fue difícil. Su oficio lo aburría mortalmente. La clase que tenía que dar, fue lo único de lo que a su vez lo oí lamentarse. Aceptaba con altura las críticas, el desdén o las burlas que algunas de sus obras originaban, aunque rendía a sí mismo el natural homenaje que la fe y la esperanza, puestas en su certeza apartada, debieron merecer, y se sostenía maravillosamente en la voluntad soberana de consagrar su vida al más fino y riguroso análisis de aquel rayo de poesía que recibió en su juventud.

Pero este admirable lector en letras sublimes, que daba lecciones espirituales a quienes lo rodeaban, que ofrecía a media voz una deliciosa doctrina de la forma, que inspiraba una especie de mitología generalizada, padecía cada vez más, silenciosamente la carga de profesar una actividad ajena y la dilapidación de horas preciosas sacrificadas a un deber inferior.

Este hombre, que hasta en los menores detalles de la existencia llevaba a su punto culminante el cumplimiento del precepto de Baudelaire: "hay que hacer a la perfección todo lo que se hace, padecía muchísimo la imposibilidad creciente de darse con un mínimo de amor a la tarea que la permitía vivir.

Cada año, el sentimiento del fin próximo de las vacaciones, onvionaba la emoción suprema de los funerales del verano. La previsión del regreso a clases lo estropeaba la solemnidad que su querido Bosque empezaba a celebrar en las inmediaciones de Vivins: el descenso silencioso del oro sobre la tierra, los temas y las bellezas que allí se proponían, los ojos del espíritu, eran corrompidos por las imágenes de un patio íntimo y de un salón demasiado conocido. Tenía que volver a decir durante horas interminables a unos alumnos distraídos cosas que ya no le interesaban y que se terminaban por aborrecer, alojándolas en no se sabe qué reserva o región miserable y servil de uno mismo.

Mallarmé, sin embargo, antes de deprimirse hasta el disgusto por su necesidad profesional, intentó alguna forma de equilibrio con la pedagogía. Tuvo la idea de componer algunas obras destinadas a quienes quisieran aprender el inglés. De ahí podría extraer una doble ventaja: acrecentar un poco sus propios recursos (que prácticamente se reducían a su mediano salario), y luego, exponer sus personales puntos de vista sobre la lengua inglesa y un cierto método para aprenderla. Creo que el único libro de ese tipo que pudo editar y que se puso en venta, fue el que se titula Las palabras inglesas.

(Continuará)